

Cafe Melilla

La Paradoja del Gato Chaos (Kaos)

Por J. C. Cavero

El físico Alemán Schrödinger en un experimento imaginario, allá por el año 1937, propuso una caja que contenía un gato, una partícula radioactiva y un frasco de veneno. La partícula radiactiva tenía un 50% de probabilidades de desintegrarse en un plazo de una hora; si lo hacía, el veneno se liberaba y, mediante un curioso dispositivo el gato moría. La pregunta de Schrödinger era: ¿Está el gato vivo o muerto? La única forma de averiguar qué ha ocurrido con el gato es realizar una medida: abrir la caja y mirar dentro. En unos casos nos encontraremos al gato vivo y en otros, muerto. Pero, ¿qué ha ocurrido? Al realizar la medida, el observador interactúa con el sistema y lo altera, rompe la superposición de estados y el sistema se decanta por uno de sus dos estados posibles pero mientras no se abra la Caja de la Incertidumbre el gato no está ni vivo ni muerto.

En la nueva y perversa versión de la paradoja que se nos presenta, todos sabíamos que aquel gato era un temible depredador. A lo largo de su trayectoria vital había matado –que se supiese– a unos veinticinco seres vivos. Ahora bien, en este momento estaba recluido en la Caja de la Incertidumbre y de la que, al parecer nunca podría escapar. Algunos especialistas en la cuestión decían que para salir de allí debería estar muerto o no salir. Otros, también expertos en cuestiones felinas –pero de opinión opuesta– dijeron que de allí no saldría “ni libre ni muerto”. Desde su Incertidumbre vital el gato había demostrado no amar la vida, ni la suya ni la de nadie y, por eso, había entrado voluntariamente en aquella Caja Negra de la Ingeniosa disyuntiva: “O libre o muerto”. Plausiblemente una posibilidad para determinar si el gato seguía vivo o muerto era introducir un inocente ratón en la caja: si el ratón moría entonces el gato estaba vivo porque podía seguir asesinando, si el ratón escapaba entonces el Gato estaría o muerto o simplemente habría dejado de interesarse por matar mientras se encontrara en esa situación inestable. Esta posible solución con la que no habían contado los seguidores del célebre científico presentaba un problema: La cuestión era que ningún ratón quería presentarse voluntario para entrar a formar parte del experimento y además, el problema que se añadía es que la Caja de la Incertidumbre

necesitaba de tiempo, un tiempo que se dilataba en el futuro incierto y que hacía muy difícil la comprobación experimental y sobre la marcha. Pudiera ser –pensaban algunos– que aquel animal tuviera tanta necesidad tanática que mientras no pudiese acabar con ninguna vida exógena entonces intentaría acabar con la suya propia. Pero los especialistas no podían dejar que el experimento fracasara y el Gato –aunque quisiese morir– no debía hacerlo. En el exterior de la Caja de la Incertidumbre el mundo había cambiado porque el experimento estaba causando sus efectos colaterales –es normal cuando se habla de cuestiones éticas o radioactivas– y los bandos de especialistas en el tema se estaban dividiendo y fragmentado. Un nuevo orden parecía estar imponiéndose a raíz de este dilema: Los ateos perdonaban más que los cristianos, los familiares de las víctimas volvían a ser víctimas, los creyentes olvidaban la compasión, los presos comunes pedían libertad, un asesino se convertía en mártir porque en vez de matar carne ajena la emprendía con la carne propia, los enfermos en las colas de la seguridad social querían el mismo trato que él pues su atención médica debía ser diaria y los informes médicos también y los pacientes sin privilegios esperan semanas para ver a un médico o meses para una intervención. La gente no salía de su asombro y murmuraba sobre el tema pero tenía miedo de los expertos. Daba la impresión que una nueva moral estaba amaneciendo pero, en

un mundo tan viejo, la falacia consistía en que todo giraba entorno a la represión del pensamiento: no se podía pensar de otra forma porque el pensamiento distinto era incorrecto en este momento político-social. Por eso los amigos terminaban por discutir y los enemigos encontraban puntos en común...el caso es que todo parecía patas arriba pues quien debía tomar las decisiones lo hacía sobre algo que no le afectaba en lo más íntimo: no eran familiares suyos los que habían fallecido. Un poco de eso pasa como cuando el dinero no es de uno, da la impresión de que se puede gastar de otra manera, destinarlo a cosas menos necesarias... ¿quién no cede a la tentación de gastarse el dinero ajeno en una juerguecita? (y si no que se lo pregunten a los de la trama marbellí) Y sobre la ética, qué fácil es perdonar o sentir compasión –derrocharla a raudales– cuando el daño afecta a otros y cuando el capital moral puede usarse sin que afecte directamente a tu conciencia, a tu ser, a los tuyos.

Se puede morir o matar por una idea pero esa es la diferencia entre el mártir y el asesino por eso creemos que nadie que esté en el poder puede ejercer la empatía con los asesinos o desembarazarse de la propia responsabilidad de conciencia alegando la maravilla moral de un Civilizado Estado de Derecho que respeta toda vida o el fundamental Principio de Humanidad porque es el mismo argumento enajenado de los que invadieron Irak y justificaron su desastre al hablar de la defensa mundial de la democracia y de los Derechos Humanos y ahora se preparan para aniquilar Irán.

Ya nadie sabe que pensar ante el clásico dilema al que nos arrastran aquellos que lejos de seguir un Orden o una Ley –ya sea natural o establecida– prefieren vivir en el caótico Chaos –léase Kaos–. Pero el Gato no estaba muerto y además no estaba en la jaula pero tampoco estaba libre. Así que era otra vez cuestión de tiempo que volviera a ejercer su instinto de caza. La respuesta a si matará o no matará de nuevo sólo se podrá saber con la sangre de una nueva víctima en las manos y eso es porque el observador es tan importante como el sistema que observa, sobre todo cuando le va la vida en ello y en su conciencia acepta que la muerte violenta de un inocente es la muerte de todos. Difícil paradoja.

Hemos recuperado la normalidad. Es decir, que seguimos teniendo la sogá al cuello. O lo que es lo mismo, el cable bajo el agua. Que da igual. Melilla, depende de un hilo. O de un cable, que viene a ser lo mismo. Es indiferente que sea de doce no sé qué. O que es la primera vez que pase en treinta años. Lo cierto es que todos hemos vuelto a darnos cuenta de lo importante que es el cordón umbilical. Que somos el feto de la península. Estamos unidos a ella por un trocito de algo más que fibra óptica, de vidrio, fibra de carbono, O de vida. Fibra de vida. Que para eso la vista es la vida y la óptica, el cable. Y sin ese trocito de cordón, no somos nada. Como el feto. La vida se para. Y no podemos comunicarnos. Ni siquiera con nuestros vecinos. Ni leer el periódico, ni enterarnos del tiempo que hace (ni en nuestro barrio). Ni sabemos el dinero que tenemos o los recibos que tenemos que pagar. O quien nos ha pagado. No podemos pagar. Ni comprar, ni enterarnos si hemos comprado. Tampoco vender, ni si hemos vendido o nos han vendido. Lo decía un amigo mío que en eso de dinero sabe mucho. Paco piensa y con él, yo, que al final hubiera sido el hambre lo que hubiera terminado con Melilla. Y lo peor de todo es que nadie (el continente) se hubiera enterado. No podíamos sacar dinero para comprar alimentos. Tampoco pagar con tarjeta ni en el HIPER, ni en el ALI. Las reservas de dinero de la cartera, el calcetín y la casa (escasas), se hubieran agotado pronto. Como los ordenadores no podían conectar con la “central”, nadie se fiaba de prestar dinero. Aunque lo tuvieramos. Nos hemos acostumbrados a pagar con plástico. Todo el mundo se ha acostumbrado a que,

La vida pendiente de un hilo

Por Jesús Pérez Sánchez

entregando un trozo de plástico con la palabra mágica “VISA” o “MASTECARD”, se creen que eres solvente. Que puedes comprar todo lo que quieras. Y luego llega un ancla desalmada que atina en la inmensidad del mar en dar con el minúsculo hilo. Eso si que es encontrar la aguja en el pajar (con perdón). Calculando los metros cuadrados de mar, dividido por el ancho del ancla, elevado a su peso en kilos, partido por el grosor del cable, no salen tantas posibilidades como que te toque la primitiva. Y mira: ha tocado. Pero tocado fondo, digo cable. Y todo se apagó. El “internés”. El “Guguel”. Bill “GEIT” y su “microsof”. El móvil (algo bueno tenía que tener esta situación). Daba igual que fueras de movistar o de airtel que ahora se llama “VODAFON” (que digo yo que será por la “BODA”) o que fueras de AMENA que ya no es tan divertida, sino naranja, “Oranch” que queda más fino. En fin que nada de nada. Ni teléfono de toda la vida. Eso sí que es un corte en toda regla. Mientras todo el mundo haciendo cábalas. Lo que nos cuesta, lo que nos va a cos-

tar. Lo que hemos perdido. Las indemnizaciones (ijai). Las reuniones. Las comisiones (si quieres que algo no funcione crea una comisión). El gabinete de crisis (¿para qué ó quien?). Y mientras todos cabreados. Los ordenadores, callados. Guardándose todo para ello. Porque la vida seguía al otro lado del mar. Todo, todos, cabreados. Y pasando el tiempo. Y Mas reuniones y más gabinete de crisis. Y paseo en barco y fotos. Y mientras todos cabreados. Pero nadie dijo nada. Solo el artista de telefónica, Enrique Bonet. Al que un poco más y hay que pedirle perdón por utilizar el cable y darle las gracias por arreglar con la “celeridad” de nada más que una semana el estropicio. Y es que tuvimos la suerte de que el barco cablero estaba aquí al lado, al sur de Francia. Si es que lo queremos todo, todo. No solo rompemos el cable, sino que además queremos que nos lo arreglen. Es que no puede ser.

Y mientras, todos callados. Con el respeto de las personas educadas o la insensatez del que se ha acostumbrado a todo. A que le pisen, le machaquen y encima damos las gracias.

A todos creo que nos toca reflexionar. Ha pasado una semana. Seguimos siendo el feto de la Península. Seguimos teniendo un cable (ahora, encima remendado). Pero no pasa nada. Seguimos disfrutando de nuestras comisiones, de nuestros gabinetes de crisis, de nuestro “internés”, de Bill Geit, y de un monopolio maravilloso para el que lo explota al que yo, al menos, le doy las gracias por arreglarme la línea, no vaya a ser que encima se nos cabree y entonces si que nos corte el hilo y el feto se muera... Aunque sea de hambre y nadie se

- Diseño y mantenimiento de páginas web.
- **Transformación** de ficheros en papel a **bases de datos** digitales.
- Folletos, libros, cartelería,... **imagen corporativa**.

Información Melillense, S.L.

Tlf.: 952 68 11 93